

El elegido

Yolanda Martínez Adrover



Capítulo 1

Llegó un correo electrónico de un remitente desconocido a la bandeja de entrada. Le sorprendió que pasara la barrera del spam. Pero decidió abrirlo porque el asunto había captado completamente su atención: "¡ven y vive una experiencia increíble en la casa del bosque totalmente gratuita!" Clicó y abrió el correo. No parecía peligroso, no contenía ningún enlace extraño, tan sólo información acerca de esa propuesta tan misteriosa para pasar unos días de retiro en el bosque. Al parecer, a cambio de escribir una reseña favorable del lugar, subir unas cuantas fotos y vídeos y publicitar de alguna manera su estancia en las redes sociales. La cuestión que suscitaba a Raúl cierta desconfianza era cómo sabían su nombre y su dirección de correo, pero claro, enseguida pensó, cookies, malditas herramientas de seguimiento que tienen hoy en día las empresas. Así que su estado de alerta se calmó. Pero no dejaba de ser inquietante el hecho de que se dirigieran a él para ofrecerle algo tan misterioso. Sin embargo le gustó la idea, participar en algo así le daba un poco de vidilla dado que últimamente las cosas no iban muy bien. El correo acababa citándolo el día 6 de junio a las 6 de la mañana en la Puerta del Sol de Madrid. Y así, sin más, acababa el mensaje, sin despedidas cordiales, ñoñas o de cualquier tipo. Era realmente algo extraño, ¿se atrevería a estar ese día allí?

–Tienes una llamada, tío –le dijo su superior a Adrián.

–¿Quién me llama? –preguntó sorprendido el cocinero, que no estaba acostumbrado a que alguien le llamara al trabajo, y por qué no decirlo, a las llamadas telefónicas en general. Pero la contestación que recibió fue un simple encogimiento de hombros y una mueca. Fue hacia la sala del comedor, atravesó el pasillo que comunicaba con la cafetería y se acercó a la barra de camareros, donde le esperaba el teléfono descolgado.

–¿Diga?

–Hola Adrián, ¿quieres vivir una experiencia única en una casa perdida en el bosque? Estoy convencido de que te encantará. Acércate el día 6 de junio a la Puerta del Sol, a las 6 de la mañana. Te aseguro que no te arrepentirás. No te preocupes por nada, todo corre de mi cuenta.

–Pero, ¿quién es usted?

Al otro lado de la línea no se oyó nada más. Adrián, contrariado, se quedó pensando en la fecha y hora de su misteriosa cita. ¿Pero quién era este

colgao? Ni de coña voy a ir.

Martina se encontraba de guardia en el hospital. Cómo echaba de menos a su bebé. Desde que se incorporó al trabajo tras la baja por maternidad las horas se le hacían eternas, pero contaba con la ayuda de su pareja, Esther, que se encargaba de su cuidado. Se dirigía a la máquina de café cuando de repente el bolsillo de su bata se iluminó y vibró por un momento. Enseguida introdujo la mano para sacar el móvil y comprobó que le había llegado un whatsapp, lo cual la alertó por un instante, no sabía si había pasado alguna urgencia con el bebé. El número no lo tenía agregado. Eso le hizo fruncir el ceño y fijarse en la hora de la pantalla antes de abrirlo, por si aquella acción pudiera reportarle algo de información. 6:06 de la mañana. Vaya, era extraño que alguien contactara con ella a esa hora. Decidió no pensar más y lo abrió. El whatsapp decía: "buenos días Martina, te invito a vivir una experiencia única en una fabulosa casa del bosque. Tu estancia ayudará mucho a nuestro incipiente negocio, del que tendrás que dejar una reseña positiva y publicitar en tus redes sociales. Anímate y ven, será un retiro de lo más especial. No podrás traer a nadie más, sólo tú disfrutarás de esta experiencia. Te esperamos el día 6 de junio a las 6 de la mañana, en la Puerta del Sol."

"Cada vez más invasivos los publicistas, empresarios.. etc, ¿cómo saben mi número de teléfono?", se dijo para sí Martina. Pero finalmente aceptó ir, necesitaba un descanso a gritos.

Laura estaba en el sofá cuando de repente escuchó cómo alguien introducía algo por debajo de la puerta de su piso. Se irguió y miró aquel sobre blanco reluciente, pero lo que le llamó la atención es que después no se escucharon pasos. Así que decidió esperar para asegurarse de que la persona que había dejado la carta se marchaba. Sin embargo no volvió a oír nada más. Con el corazón a mil, se acercó finalmente a la puerta, y rápidamente cogió el sobre. Una vez en su poder, tuvo el valor de observar por la mirilla quién estaba allí fuera. Pero para su sorpresa, no había nadie! Los perros seguían durmiendo en la sala, ninguno de ellos se inmutó, gruñó o ladró, de modo que se relajó un poco después de aquel inesperado contacto postal. Fue de nuevo al sofá, se tapó con la manta de microfibra, y abrió el sobre con mucho cuidado, pues llevaba un lacrado de color rojo y una estrella de cinco puntas invertida. Aquel símbolo no lo conocía, sin embargo intuyó muy acertadamente que aquello no se trataba de algo bueno. Buscó en internet y aparecieron un montón de imágenes de estrellas invertidas con diferentes tipografías pero una misma palabra en común: pentáculo. Se asustó un poco cuando averiguó que el pentáculo era el símbolo del diablo. Entonces le empezaron a temblar las manos. Pero sacó del sobre el papel doblado, que traía muy

escuetamente una invitación a una casa en un bosque. Y una citación en la Puerta del Sol para el día 6 de junio, a las 6 de la mañana.

Aquel día de junio, corría un viento fresco que despertaba hasta a los más rezagados. Todos estuvieron allí a la hora exacta. Se encontraban por la plaza dispersados, preguntándose si aquellos madrugadores estarían allí por el mismo motivo: el retiro a la casa del bosque. Pero no tardó en llegar un furgón oscuro sin ventanas traseras, para más misterio. En ese momento les llegó un whatsapp invitándoles a subir al furgón oscuro que se podía ver perfectamente desde cualquier punto de la plaza. Así que todos fueron hasta él, el conductor les indicó que subieran por detrás. Raúl fue el primero que abrió las puertas traseras y subió al vehículo. Le siguió Adrián, Laura, Martina, Héctor y Helena. 6 personas a bordo de aquel automóvil para dirigirse a un lugar del que, ahora caían en la cuenta, no iban a saber llegar. No podrían disfrutar del paisaje porque no podían ver a través de alguna ventana, y sus móviles, para sorpresa de todos, dejaron de tener red a mitad de camino. Lo último que supieron es que iban en dirección Sierra de Guadarrama.

De repente el furgón se paró, habían llegado al lugar. Fueron bajando sus maletas y cuando iban a agradecerle el viaje al conductor, éste giró bruscamente el auto y se fue de allí esparciendo una polvareda que los hizo bajar la vista y protegerse los ojos con la mano. Entonces se quedaron solos, así que decidieron coger el camino de losas que llegaba hasta la puerta de entrada de la casa. El jardín era maravilloso, a mano izquierda había un banco para 2 o 3 personas y a la derecha, una mesa y sus sillas de forja para tomar un refrigerio con el buen tiempo. Todo lo demás lo ocupaba la enorme casa con 3 chimeneas y alrededor, diferentes tipos de árboles, arbustos, plantas con flores y césped natural. Una enorme casa de piedra con vegetación por todos lados. El bosque parecía asediar la casa. Cuando llegaron a la entrada llamaron primero unas cuantas veces, pero como nadie respondió ni les abrió, decidieron probar a empujar la pesada puerta de madera maciza. Ésta cedió. Había luz en todas las ventanas de la casa y las chimeneas humeaban maravillosamente bien. Cuando entraron todos, la puerta se cerró de golpe, como si una corriente de aire lo hubiera hecho por alguno de ellos. El ruido los sorprendió, pero enseguida se transmutó por la tranquilidad que allí reinaba, el ambiente cálido y agradable que se sentía, y lo acogedora que era el interior de la casona. En el momento en que los inquilinos se disponían a observar y pasear meticulosamente por el salón,

un sobre se deslizó por debajo de esa misma puerta. Helena se dio cuenta y avisó a sus compañeros mientras abría de nuevo para ver quién dejaba el sobre, pero no vio a nadie. Todos se reunieron en torno a ella y le instaron a que abriera la carta. En su interior había un papel blanco impoluto de buen gramaje que decía: "Prohibición: no adentrarse en el bosque".

Todos aceptaron la prohibición, aunque algunos a regañadientes, y se sentaron en los sofás y butacas del salón. Raúl volvió a tomar la iniciativa y les preguntó a sus compañeros por qué motivo estaban allí. En el viaje ya habían estado hablando entre ellos y haciendo las presentaciones oportunas: nombre, edad, profesión... pero esta vez comentaron de qué forma habían sido contactados. Descubrieron que a cada uno de ellos lo habían citado de formas distintas.

Aquel primer día disfrutaron de la casa por fuera, leyendo, paseando, tomando algo en la pequeña mesa, pero sin adentrarse en el bosque. El día les permitió hacerlo hasta bien entrada la noche. Pero el segundo día sucedió algo que los dejó boquiabiertos. Una sorprendente nevada les aisló completamente, taponando la puerta de entrada, haciendo que el nivel del suelo llegara hasta las ventanas. Continuaba nevando, lo cual les preocupaba. Si seguía haciéndolo a ese ritmo, era posible que las ventanas también quedaran tapiadas. El teléfono quedó sin comunicación, y la televisión ya no se podía ver. De modo que lo que prometían ser unas fantásticas vacaciones, se convirtieron en una aventura peligrosa. Había leña en el cobertizo, al cual se podía acceder desde la cocina, pero como aquella nevada durara demasiado podía escasear.

Al cuarto día, Laura decidió salir a pedir ayuda. Para ello utilizó una ventana del salón que daba al jardín y de la que la nieve había tenido piedad, dejando un resquicio. Pero la joven de 18 años se desorientó en el jardín con la nieve cayendo todo el tiempo, acompañada de un viento horrible, de modo que, sin ella pretenderlo, acabó adentrándose en el bosque. Sus compañeros, con los que había acordado volver pasadas 4 horas, empezaron a ponerse nerviosos porque no regresaba. Raúl y Martina decidieron salir a buscarla cuando el viento amainó. Descubrieron unas huellas que iban desde el bosque en dirección a la puerta de entrada, como si alguien hubiera intentado acercarse recientemente a la casa.

–¿Y quién podría haber estado fuera con esta nevada además de Laura?
–Preguntó Helena, muy asustada.

–No lo sé pero... la huella de aquel 48 nos dejó claro que no había sido ella –comentó Raúl a sus compañeros una vez estuvieron dentro de nuevo.

Adrián dijo entonces:

–Yo creo que todo esto tiene que ver con ella precisamente. De algún modo nos hizo venir hasta aquí y justo ahora que viene este temporal desaparece. Qué queréis que os diga... todo apunta hacia Laura.

Héctor interrumpió diciendo:

–Si, eso podría ser pero... ¿y las huellas del número 48? ¿Acaso alguien de los que estamos aquí calza ese número de pie?

Entonces el único que enrojeció fue Adrián, que levantó la mano tímidamente. Y a continuación aseveró:

–Pero yo no he salido en ningún momento, vosotros me habéis visto, ihe estado aquí todo el tiempo!

La desconfianza y el terror se apoderó de ellos en aquel momento.

–Pero hay una cosa más –continuó Martina–, hemos visto cerca del límite con el bosque cenizas en la nieve.

Se quedaron pensativos, como queriendo desentrañar todo lo que estaba pasando e intentando encajar las piezas del rompecabezas.

Esa noche subieron a sus dormitorios sin mediar palabra.

A la mañana siguiente, todos tenían a los pies de su puerta un sobre blanco. En cada uno de ellos, se les pedía que matasen a un compañero en concreto, pero dentro de un plazo: 24 horas. Sin embargo ninguno de ellos fue capaz de seguir la orden, y al acabar el día, todos se convirtieron en ceniza, ellos y su carta. El último en morir incinerado fue Adrián, que recibió la orden de matar a Héctor. Cuando éste se encontraba en el baño lavándose la cara con jabón de azufre, Adrián se acercó y observó desde detrás de la puerta. Olía demasiado a azufre, era repugnante. Estuvo tentado de matarlo, pero finalmente no pudo hacerlo. Se retiró a su habitación y en ese mismo momento, se descompuso en ceniza todo su

cuerpo.

Héctor miró el reloj. Ya era la hora. Fue habitación por habitación comprobando la desdicha de su plan. ¡Todos convertidos en ceniza! ¡Malditos niñatos! ¿Es que ninguno es capaz de cometer un simple crimen? ¡Pensaba que esta vez lo lograría! Ninguno fue capaz de hacer el mal, ¿así como voy a reencarnarme en un cuerpo joven para perdurar en la eternidad? El tiempo apremia. Ese maldito Adrián... estuvo a punto de hacerlo, pero se amedrentó. Ahora tendré que volver a empezar de nuevo, con otros 5, y contando conmigo 6, mi número perfecto.

Se escuchó una risotada maligna que retumbó en las paredes de la casa.

El sobre de Adrián ardía en el suelo de su habitación para descomponerse por completo en ceniza. En su interior, la última frase rezaba: ... y el que sea capaz de hacer el mal, reinará por los siglos de los siglos. Firmado, El Diablo.